

CC9 Y LA MUERTE NO TENDRÁ DOMINIO

Yoongi había dicho la verdad: el Instituto estaba totalmente desierto. Casi por completo, al menos. Hong dormía sobre el sofá rojo del vestíbulo cuando entraron. Tenía las gafas ligeramente torcidas y era evidente que no había tenido la intención de dormirse: había un libro que se le había resbalado abierto en el suelo y los pies, calzados con zapatillas de lona, le colgaban por encima del borde del sofá en una posición probablemente incómoda. Inmediatamente, Jungkook se sintió conmovido. Le recordó a Hoseok a la edad de nueve o diez años, todo gafas, parpadeos torpes y, sobre todo, orejas.

—Hong es como un gato. Puede dormir en cualquier parte —Jimin alargó la mano, le retiró las gafas del rostro y las depositó sobre una mesita baja de marquetería situada a poca distancia. Había una expresión en el rostro que Jungkook no había visto nunca antes; una feroz ternura protectora, que la sorprendió.

—Vamos, deja sus cosas tranquilas... sólo conseguirás embarrassarlas —le riñó Yoongi enojado, mientras se desabotonaba el abrigo mojado. La camisa se le había pegado al largo torso, y el agua oscurecía el grueso cinturón de cuero que le rodeaba la cintura. El brillo del látigo enrollado era visible justo allí donde el mango sobresalía del borde del cinturón, tenía una expresión molesta —Noto que me voy a resfriar —anunció —Voy a darme una ducha caliente —Jimin lo contempló desaparecer por el pasillo con una especie de reacia admiración.

—En ocasiones me recuerda al poema. «Yoongi, Yoongi, no se inquietó. Yoongi no chilló ni correteó...»

—¿Nunca tienes ganas de chillar? —le preguntó Jungkook.

—A veces —Jimin se quitó la chaqueta mojada y la dejó en el colgador junto al abrigo de Yoongi —Tiene razón sobre lo de la ducha caliente. Desde luego me iría muy bien.

—Yo no tengo nada para cambiarme —dijo Jungkook, deseando repentinamente tener unos instantes para sí mismo; sus dedos ansiaban marcar el número de Hoseok en el móvil, averiguar si estaba bien —Los esperaré aquí.

—No seas idiota. Te prestaré una camiseta —Los vaqueros del rubio estaban empapados y le colgaban bajos sobre los huesos de las caderas, mostrando la franja de pálida piel tatuada entre el tejido vaquero y el borde de la camiseta. Jungkook desvió la mirada.

—No creo...

—Vamos —El tono de Jimin era firme —De todos modos hay algo que quiero mostrarte —Disimuladamente, Jungkook comprobó la pantalla de su teléfono mientras seguía a Jimin por el pasillo hasta su habitación. Hoseok no había intentado llamar. Le pareció como si cristalizara hielo dentro de su pecho. Hasta hacía dos semanas, Hoseok y él llevaban años sin pelearse. Ahora, Hoseok parecía estar furioso con él todo el tiempo. La habitación de Jimin estaba exactamente como Jungkook la recordaba: limpia como una patena y vacía como la celda de un monje. No había nada en la habitación que contara nada sobre Jimin: no había pósters en las paredes, no había libros amontonados en la mesilla de noche. Incluso el edredón sobre la cama era totalmente blanco. Jimin fue a la cómoda y sacó una camiseta azul de manga larga de un cajón. Se la tiró a Jungkook —Esa se encogió al lavarla —explicó —Probablemente te vendrá grande de todos modos, pero...

—Se encogió de hombros —Voy a darme una ducha. Grita si necesitas algo —El menor asintió, sosteniendo la camiseta sobre el pecho como si fuera un escudo. Jimin pareció estar a punto de decir algo más, pero se lo pensó mejor; con otro encogimiento de hombros, desapareció en el cuarto de baño, cerrando la puerta con firmeza tras él. Jungkook se dejó caer sobre la mesa, con la camiseta sobre el regazo, y sacó el teléfono del bolsillo. Marcó el número de Hoseok. Tras cuatro timbrazos, saltó el buzón de voz. «Hola, estás hablando con Hope. O bien estoy lejos del teléfono o te estoy evitando. Déjame un mensaje y...» —¿Qué haces? —Jimin estaba en la puerta del cuarto de baño. El agua corría sonoramente detrás de él en la ducha y el cuarto estaba medio lleno de vapor. El muchacho no llevaba camiseta e iba descalzó; los vaqueros mojados descansaban bajos sobre las caderas, mostrando las profundas hendiduras sobre los huesos, como si alguien hubiese presionado los dedos sobre la piel allí. Jungkook cerró el teléfono de golpe y lo dejó caer sobre la cama.

—Nada. Mirando la hora.

—Hay un reloj junto a la cama —indicó Jimin —Llamabas al mundano, ¿verdad?

—Se llama Hoseok —Jungkook hizo una bola con la camiseta de Jimin —Y no tienes por qué portarte como un cabrón con él todo el tiempo. Les ha echado una mano más de una vez —Los ojos de Jimin estaban entornados, pensativos. El cuarto de baño se llenaba rápidamente de vapor, haciendo que se le rizaran más los cabellos.

—Y ahora te sientes culpable porque ha salido huyendo —afirmó Jimin —Yo no me molestaría en llamarle. Estoy seguro de que te está evitando —Jungkook no intentó disimular la cólera de su voz.

—¿Y tú lo sabes porque como son tan íntimos...?

—Lo sé porque vi la expresión de su rostro antes de que se largara —respondió Jimin —Tú no. No le estabas mirando. Pero yo sí —Jungkook se apartó los cabellos, todavía empapados, de los ojos. La ropa la escocía allí donde se le pegaba a la piel, y sospechaba que olía igual que el fondo de un estanque. Pero no podía dejar de ver el rostro de Hoseok cuando lo había mirado en la corte seelie... como si lo odiase.

—Es culpa tuya —exclamó de improviso, mientras la ira se le acumulaba en el corazón —No deberías haberme besado de ese modo —Jimin había estado apoyado contra el marco de la puerta, pero rápidamente se irguió muy tieso.

—¿Cómo debería haberte besado? ¿Te gusta de otra manera?

—No —Las manos le temblaban sobre el regazo. Las tenía frías y blancas, arrugadas por el agua. Entrelazó los dedos para detener el temblor —Simplemente no quiero que me beses.

—A mi no me pareció que tuviésemos mucho donde elegir.

—¡Eso es lo que no comprendo! —estalló Jungkook —¿Por qué te hizo besarme? La reina, quiero decir. ¿Por qué obligarnos a hacer... eso? ¿Qué placer puede haber sacado?

—Ya oíste lo que dijo la reina. Pensó que me estaba haciendo un favor.

—Eso no es cierto.

—Sí lo es. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Los seres mágicos no mienten —Jungkook pensó en lo que Jimin había dicho en casa de Namjoon. «Descubrirán qué es lo que más deseas en el mundo y te lo darán... con una sorpresa inesperada oculta que hará que lamente haberlo deseado»

—Pues entonces se equivocaba.

—No se equivocaba —El tono de Jimin era amargo —Vio cómo yo te miraba, y tú a mí, y Hoseok a ti, y nos pulsó como los instrumentos que somos para ella.

—Yo no te miro —susurró Jungkook.

—¿Qué?

—He dicho que yo no te miro —Separó las manos, que había tenido entrelazadas sobre el regazo; había marcas rojas donde los dedos se habían sujetado unos a otros —Al menos intento no hacerlo —Los ojos del rubio estaban entrecerrados, con apenas un destello dorado dejándose ver a través de las pestañas, y Jungkook recordó la primera vez que lo había visto y cómo le habían recordado a un león, dorado y mortífero.

—¿Por qué?

—¿Por qué crees? —Las palabras fueron apenas un susurro.

—Entonces, ¿por qué? —La voz de Jimin temblaba —¿Por qué todo esto con Hoseok, por qué sigues apartándome, no me dejas estar cerca de ti...?

—Porque es imposible —contestó Jungkook, y la última palabra surgió como una especie de gemido, a pesar de sus esfuerzos por mantener el control —¡Lo sabes tan bien como yo!

—Porque eres mi hermano —repuso Jimin. El pelirrojo asintió sin hablar —Posiblemente —siguió Jimin —¿Y por eso has decidido que tu viejo amigo Hoseok resulta una buena distracción?

—No es eso —respondió Jungkook —Quiero a Hobi.

—Como quieras a Hyun —replicó Jimin —Y de la misma forma que quieras a tu madre.

—No —La voz de Jungkook era tan fría y afilada como un carámbano —No me digas lo que siento —Un pequeño músculo dio un tirón en la comisura de la boca de Jimin.

—No te creo —Jimin se puso en pie. No podía mirarle a los ojos, así que fijó la mirada en la delgada cicatriz en forma de estrella del hombro derecho del rubio, un recuerdo de alguna vieja herida. «Esta vida de cicatrices y matanzas, había dicho Jackson en una ocasión. No formas parte de ella»

—Jimin —dijo —¿Por qué me haces esto?

—Porque me estás mintiendo. Y porque te estás mintiendo a ti mismo —Los ojos de Jimin llameaban, y a pesar de que este tenía las manos metidas en los bolsillos, Jungkook pudo ver que apretaba los puños con fuerza. Algo dentro de Jungkook se rompió, y las palabras salieron en tropel.

—¿Y qué quieras que te diga? ¿La verdad? ¡La verdad es que quiero a Hoseok como debería quererte a ti, y desearía que él fuese mi hermano y tú no lo fueses, pero no puedo hacer

nada al respecto y tampoco puedes tú! ¿O es que tienes alguna idea, puesto que eres tan condenadamente listo? —Jimin inspiró con fuerza, y Jungkook comprendió que él jamás había esperado que le dijera lo que acababa de decir, ni en un millón de años. La expresión del rostro de Jimin lo dejaba bien claro. Jungkook hizo un esfuerzo por recuperar la serenidad —Jimin, lo siento, no era mi intención...

—No. No lo sientes. No lo sientas —Avanzó hacia el menor, casi tropezándose con sus propios pies; Jimin, que jamás daba un traspie con nada, que jamás efectuaba un movimiento desgarbado. Las manos del rubio se alzaron para sostenerle el rostro. Jungkook sintió la calidez de las yemas de los dedos, a milímetros de su piel; supo que debería apartarse, pero se quedó paralizado, con la mirada clavada en Jimin —No lo comprendes —farfulló Jimin, y la voz le tembló —nunca he sentido algo así por nadie. No creía que pudiera. Pensaba... por el modo en que crecí... mi padre...

—Amar es destruir —repuso Jungkook como aturdido —Lo recuerdo bien.

—Pensaba que parte de mi corazón estaba roto —continuó Jimin, y había una expresión en su rostro como si le sorprendiera oírse decir tales palabras, decir «mi corazón» —Para siempre. Pero tú...

—Jimin. No —Alzó las manos y cubrió la mano del rubio con la suya, doblando sus dedos dentro de los suyos —No conduce a nada.

—Eso no es cierto —Había desesperación en su voz —Si los dos sentimos lo mismo...

—No importa lo que sintamos. No hay nada que podamos hacer —Oyó su voz como si hablara un desconocido: distante, abatido —¿Adónde iríamos para estar juntos? ¿Cómo podríamos vivir?

—Podríamos mantenerlo en secreto.

—La gente lo descubriría. Y yo no quiero mentir a mi familia, ¿lo quieres tú? —La respuesta de Jimin fue amarga.

—¿Qué familia? Los Lightwood me odian de todos modos.

—No, no es cierto. Y yo jamás podría decírselo a Hyun. Y mi madre, y si despierta, ¿qué le diríamos? Esto, lo que queremos, resultaría inaceptable para todos aquellos que nos importan...

—¿Inaceptable? —Jimin dejó caer las manos del rostro de Jungkook como si le hubiese apartado de un empujón; parecía anonadado —Lo que sentimos... lo que yo siento... ¿te resulta inadmisible? —Jungkook contuvo la respiración ante la mirada en su rostro.

—A lo mejor —dijo en un susurro —No lo sé.

—Entonces deberías haber dicho eso desde un principio.

—Jimin... —Pero Jimin ya se había alejado de él, con la expresión cerrada con llave igual que una puerta. Resultaba difícil creer que lo hubiese mirado nunca de otro modo.

—Entonces, lamento haber dicho nada —La voz era distante, formal —No volveré a besarte. Puedes contar con eso —El corazón de Jungkook dio una lenta voltereta inútil mientras

Jimin se apartaba de él, sacaba una toalla de lo alto de la cómoda y volvía al cuarto de baño.

—Pero... Jimin, ¿qué haces?

—Acabar de ducharme. Y si has hecho que me quede sin agua caliente, me enfadará mucho —Entró en el baño y cerró la puerta de una patada a su espalda. Jungkook se desplomó en la cama y clavó la mirada en el techo. Estaba tan vacío como lo había estado la expresión de Jimin antes de darle la espalda. Se volvió y advirtió que estaba encima de la camiseta azul. Incluso olía como él, a jabón y a humo, y al aroma cítrico de la sangre. Enroscándose alrededor suyo como una vez cuando era muy pequeño había hecho con su manta favorita, cerró los ojos.

En el sueño, contemplaba agua reluciente, extendida bajo él como un espejo interminable que reflejaba el cielo nocturno. Y como un espejo, era sólida y dura, y él podía andar por encima. Anduvo, oliendo el aire nocturno, las hojas húmedas y el olor de la ciudad, que centelleaba a lo lejos como un castillo de hadas cubierto de luces; y por donde andaba, grietas en forma de telaraña se abrían a partir de sus pasos y astillas de cristal chapoteaban igual que agua. El cielo empezó a brillar. Estaba iluminado por puntos llameantes, como cabezas de cerillas encendidas. Entonces cayeron, como una lluvia de carbones ardientes procedentes del cielo, y él se encogió asustado, alzando los brazos. Uno cayó justo frente a él, una hoguera precipitándose a toda velocidad, pero cuando golpeó el suelo se convirtió en un muchacho: era Jimin, todo él oro llameante con sus ojos dorados y cabellos dorados; unas alas de oro blanco le brotaron de la espalda, más ancha y más densamente cubiertas de plumas de las de cualquier ave, sonrió como un gato y señaló detrás de él, y Jungkook volvió la cabeza y vio que un muchacho de cabellos oscuros ¿era Hoseok? estaba de pie allí, y también de su espalda se extendían unas alas con plumas negras como la medianoche, y cada pluma tenía sangre en la punta.

Jungkook despertó respirando entrecortadamente, con las manos cerradas sobre la camiseta de Jimin. La habitación estaba oscura, la única luz que se percibía penetraba desde la estrecha ventana situada junto a la cama. Se incorporó. Sentía la cabeza pesada y le dolía la nuca. Escudriñó la habitación lentamente y dio un brinco cuando un puntito de luz resplandeciente, como los ojos de un gato en la oscuridad, brilló ante él. Jimin estaba sentado en un sillón junto a la cama. Llevaba vaqueros y un suéter gris, y su cabello parecía casi seco. Sostenía algo en la mano que brillaba como metal. ¿Un arma? Jungkook no podía imaginar contra qué podría estarse protegiendo allí en el Instituto.

—¿Has dormido bien? —Jungkook asintió. Sentía la boca pastosa.

—¿Por qué no me has despertado?

—Pensé que te iría bien el descanso. Además, dormías como un tronco. Incluso babeabas —añadió —Sobre mi camiseta —Jungkook se llevó rápidamente la mano a la boca.

—Lo siento.

—No se ve a menudo a alguien babeando —comentó Jimin —Especialmente con un abandono tan total. Con la boca bien abierta y todo eso.

—Vamos, cállate —Palpó a su alrededor por entre las mantas hasta localizar su teléfono y volvió a mirarlo, aunque sabía lo que diría. «No hay llamadas» —Son las tres de la madrugada —advirtió con desaliento —¿Crees que Hoseok está bien?

—Creo que es un tipo raro, en realidad —dijo Jimin —Aunque eso poco tiene que ver con la hora —Jungkook se metió el teléfono en el bolsillo de los vaqueros.

—Voy a cambiarme —El cuarto de baño blanco de Jimin no era mayor que el de Yoongi, aunque estaba considerablemente más ordenado. No había una gran variación entre las habitaciones del Instituto, se dijo Jungkook, mientras cerraba la puerta, pero al menos existía intimidad. Se despojó de la camiseta húmeda y la colgó en el toallero, luego se echó agua a la cara y se pasó un peine por los cabellos desordenadamente ensortijados. La camiseta de Jimin era demasiado grande para él, pero el tejido resultaba suave en contacto con la piel. Se dobló las mangas y volvió al dormitorio, donde encontró a Jimin sentado exactamente donde lo había estado antes, contemplando fijamente el objeto centelleante que tenía en las manos. Jungkook se inclinó sobre el respaldo del sillón —¿Qué es eso?

—En lugar de responder, Jimin le dio la vuelta para que pudiera verlo bien. Era un pedazo irregular de espejo roto, pero en lugar de reflejar su propio rostro, contenía una imagen de hierba verde, cielo azul y negras ramas desnudas de árboles —No sabía que lo hubieses guardado —dijo —Un pedazo del Portal.

—Es por lo que quería venir aquí —repuso Jimin —Para coger esto —Nostalgia y aversión se mezclaban en la voz —No dejo de pensar que tal vez vea a mi padre en un reflejo. Que averiguaré qué trama.

—Pero él no está ahí, ¿verdad? Pensaba que estaba en alguna parte aquí. En la ciudad —Jimin negó con la cabeza.

—Namjoon le ha estado buscando y no lo cree.

—¿Namjoon le ha estado buscando? No lo sabía. Cómo...

—Si Namjoon llegó a ser Gran Brujo es por algo. Su poder se extiende por toda la ciudad y más allá. Puede percibir lo que hay allí fuera, hasta cierto punto —Jungkook lanzó un resoplido.

—¿Puede percibir alteraciones en la Fuerza? —Jimin lo miró con cara de pocos amigos.

—No bromeo. Después de que mataran a aquel brujo empezó a tomar cartas en el asunto. Cuando fui a alojarme con él me pidió algo de mi padre para facilitarle el rastreo. Le di el anillo de los Morgenstern. Dijo que me avisaría si percibía a MinHo en algún lugar de la ciudad, pero hasta el momento no lo ha hecho.

—Quizás lo que quería era tu anillo —aventuró Jungkook —Lo cierto es que lleva una barbaridad de joyas.

—Por mí puede quedárselo —La mano de Jimin se cerró con más fuerza alrededor del trozo de espejo que sujetaba; Jungkook advirtió con alarma cómo le salía la sangre alrededor de los irregulares bordes desde los puntos donde se le clavaban en la carne —No tiene ningún valor para mí.

—¡Eh! —exclamó el menor, y se inclinó para quitarle el cristal de la mano —Tranquilo —Jungkook metió el pedazo de Portal dentro del bolsillo de la chaqueta de Jimin, que

estaba colgada en la pared. Los bordes del cristal estaban manchados de sangre, y las palmas del rubio surcadas de líneas rojas —Quizás deberíamos devolverte a Nam —indicó Jungkook con tanta suavidad como pudo —Jin lleva allí mucho tiempo, y...

—En cierto modo, dudo que le importe —repuso Jimin, pero se puso en pie obedientemente y cogió su estela, que estaba apoyada en la pared; mientras dibujaba una runa curativa en el dorso de la ensangrentada mano derecha, siguió —Hay algo que quería preguntarte.

—¿Y qué es?

—Cuando me sacaste de la celda de la Ciudad Silenciosa, ¿cómo lo hiciste? ¿Cómo abriste la puerta?

—Ah. Sólo usé una runa de apertura corriente, y... —Lo interrumpió el estridente sonido de un timbre, y se llevó la mano al bolsillo antes de darse cuenta de que el ruido que había oído era mucho más fuerte y agudo que cualquier sonido que su teléfono pudiera emitir. Miró a su alrededor desconcertado.

—Ese es el timbre del Instituto —dijo Jimin, agarrando su chaqueta —Vamos —Estaban a mitad de camino del vestíbulo cuando Yoongi salió precipitadamente por la puerta de su propio dormitorio, vestido con un albornoz de algodón, un antifaz de dormir de seda rosa en la frente y una expresión un tanto aturdida.

—¡Son las tres de la mañana! —les dijo, en un tono que sugería que aquello era todo culpa de Jimin, o posiblemente de Jungkook —¿Quién está llamando al timbre a las tres de la mañana?

—Tal vez sea la Inquisidora —respondió Jungkook, sintiéndose repentinamente helado.

—Ella podría entrar por sí misma —repuso Jimin —Cualquier cazador de sombras podría. El Instituto está cerrado solamente a mundanos y a subterráneos —Jungkook sintió que se le contraía el corazón.

—¡Hoseok! —dijo —¡Tiene que ser él!

—Ah, por el amor de Dios —bostezó Yoongi —¿realmente nos está despertando a esta hora infame sólo para probar su amor por ti o algo así? ¿No podría haber telefoneado? Los mundanos son bastante imbéciles —Habían llegado al vestíbulo, que estaba vacío; Hong debía de haberse ido a la cama. Yoongi cruzó majestuoso la estancia y movió la clavija de un interruptor situado en la pared opuesta. Desde algún lugar en el interior de la catedral llegó un lejano golpetazo retumbante —Ya está —anunció —El ascensor viene de camino.

—Esperaba que tuviera la dignidad y presencia de ánimo para limitarse a emborracharse y perder el conocimiento en alguna alcantarilla —comentó Jimin —Debo decir que me siento decepcionado por el jovencito —Jungkook apenas le oyó. Una creciente sensación de temor hacía que la sangre le corriera lenta y espesa. Recordó su sueño: los ángeles, el hielo, Hoseok con alas que sangraban. Se estremeció. Hoseok lo miró comprensivo.

—Hace frío aquí dentro —comentó, y cogió lo que parecía un abrigo de terciopelo azul de uno de los percheros —Toma —dijo —ponte esto —Jungkook se puso el abrigo y se arrebujo bien en él. Era demasiado largo, pero le daba calor. También tenía una capucha, forrada de raso. Jungkook la echó atrás para poder ver cómo se abrían las puertas del ascensor. Se

abrieron a una caja vacía cuyos lados de espejo reflejaron su propio rostro, pálido y sobresaltado. Sin detenerse a pensar, penetró en el interior. Yoongi lo miró confuso —¿Qué haces?

—Hoseok está ahí abajo —dijo Jungkook —Lo sé.

—Pero... —De repente, Jimin estaba junto a Jungkook, manteniendo las puertas abiertas para Yoongi.

—Vamos, Yoon —dijo. Con un gesto teatral, este les siguió. Jungkook intentó atraer la mirada del rubio mientras los tres descendían en silencio, pero Jimin se negó a mirarlo. Se miraba a sí mismo de refilón en el espejo del ascensor, silbando suavemente por lo bajo como hacía siempre que estaba nervioso. Jungkook recordó el leve temblor de sus manos cuando lo había sujetado en la corte seelie. Pensó en la expresión del rostro de Hoseok... y luego en este casi corriendo para escapar de él, desvaneciéndose entre las sombras del borde del parque. Sentía un nudo de temor en el pecho y no sabía el motivo. Las puertas del ascensor se abrieron a la nave de la catedral, poblada con la luz danzarina de velas. Jungkook pasó por delante de Jimin en su prisa por salir del ascensor y prácticamente corrió por el estrecho pasillo que había entre los bancos. Dio un traspie con el borde del abrigo, que arrastraba por el suelo, y lo arremangó impacientemente en la mano antes de lanzarse hacia las amplias puertas dobles que, por dentro, estaban atrancadas con pestillos de bronce del tamaño de los brazos del pelirrojo. Mientras alargaba las manos hacia el pestillo más alto, el timbre volvió a resonar en el templo. Oyó que Yoongi susurraba algo a Jimin, y entonces Jungkook se encontró tirando del pestillo, arrastrándolo hacia atrás, y notó la mano de Jimin sobre la suya, ayudándolo a abrir las pesadas puertas. El aire nocturno entró a raudales, haciendo que las velas ardieran con luz mortecina en sus soportes. El aire olía a ciudad: a sal y a gases, a cemento que se enfriaba y a basura, y por debajo de aquellos olores familiares, el olor a cobre, como el olor penetrante de un centavo nuevo. En un principio, Jungkook pensó que la escalinata estaba vacía. Luego pestañeó y vio a Taehyung allí de pie, con la cabeza de negros rizos alborotada por la brisa nocturna, la camisa blanca abierta a la altura del cuello para mostrar la cicatriz en el hueco del cuello. En los brazos sostenía un cuerpo. Eso fue todo lo que Jungkook vio mientras le miraba fijamente con perplejidad: un cuerpo. Alguien muerto, brazos y piernas oscilando como cuerdas flácidas, la cabeza echada hacia atrás para mostrar el cuello destrozado. Notó que la mano de Jimin se cerraba alrededor de su brazo como unas tenazas, y sólo entonces miró con más atención y vio la familiar americana de pana con la manga rasgada, la camiseta azul manchada y salpicada de sangre, y gritó. El grito no emitió ningún sonido. Jungkook sintió que las rodillas se le doblaban y habría caído al suelo si Jimin no lo hubiese estado sosteniendo —No mires —le dijo el rubio al oído —Por el amor de Dios, no mires —Pero Jungkook no podía evitar mirar la sangre que apelmazaba los cabellos castaños de Hoseok, la garganta desgarrada, los cortes profundos a lo largo de las muñecas. Puntos negros salpicaron su visión mientras luchaba por respirar. Fue Yoongi quien agarró uno de los candelabros vacíos situados junto a la puerta y apuntó con él a Taehyung como si se tratara de una enorme lanza de tres puntas.

—¿Qué le has hecho a Hoseok? —En ese momento su voz clara y autoritaria sonó exactamente igual a su madre.

—Aún no ha muerto —dijo Taehyung, en una voz monótona e impasible, y depositó a Hoseok en el suelo casi a los pies de Jungkook, con sorprendente delicadeza. El pelirrojo

había olvidado lo fuerte que debía de ser, pues poseía la fuerza inhumana de un vampiro, a pesar de su delgadez. A la luz de las velas, que se derramaba a través de la entrada, Jungkook pudo ver que la camiseta de Hoseok tenía la parte delantera empapada de sangre.

—Has dicho que... —empezó.

—No está muerto —repitió Jimin, sujetándolo con más fuerza —No está muerto

—Jungkook se desasió de él con un violento tirón y se arrodilló sobre el cemento. No sintió ninguna repugnancia al tocar la piel ensangrentada de Hoseok mientras deslizaba las manos bajo su cabeza, alzándolo sobre su regazo. Sintió únicamente el aterrador horror infantil que recordaba de cuando tenía cinco años y había roto la inapreciable lámpara de su madre. «Nada, dijo una voz en lo más recóndito de su mente, volverá a colocar esos pedazos en su sitio»

—Hobi —musitó, tocándole el rostro; las gafas habían desaparecido —Hobi, soy yo.

—No puede oírte —dijo Taehyung —Se está muriendo —La cabeza de Jungkook se alzó de golpe.

—Pero has dicho...

—He dicho que no está muerto aún —respondió el vampiro —Pero en unos pocos minutos, diez quizás, su corazón empezará a ir más despacio y se detendrá. Ya ha alcanzado un punto en el que ni ve ni oye nada —Involuntariamente los brazos del pelirrojo se cerraron con más fuerza alrededor de Hoseok.

—Tenemos que llevarle a un hospital... o llamar a Namjoon.

—No pueden hacer nada por él —dijo Taehyung —No lo entienden.

—No —intervino Jimin, con la voz suave como seda guarneida de puntas afiladas como agujas —No te entendemos. Y tal vez deberías explicarte. Porque de lo contrario voy a pensar que eres un delincuente chupasangre, y te arrancaré el corazón. Como debería haber hecho la última vez que no encontramos —Taehyung le sonrió sin humor.

—Juraste no hacerme daño, cazador de sombras. ¿Lo has olvidado?

—Yo no lo hice —replicó Yoongi, blandiendo el candelabro. Taehyung hizo caso omiso de él. Seguía mirando a Jimin.

—Recordé esa noche en que entraron en el Dumort buscando a su amigo. Es por eso que lo traje aquí... —indicó a Hoseok con un ademán —cuando le encontré en el hotel, en lugar de dejar que los otros se le bebieran toda la sangre hasta matarlo. Verás, se metió dentro, sin permiso, y por lo tanto era una presa legítima para nosotros. Pero le mantuve con vida porque sabía que era de los tuyos. No deseó una guerra con los nefilim.

—¿Entró por la fuerza? —inquirió Jungkook con incredulidad —Hoseok jamás habría hecho algo tan estúpido e insensato.

—Pero lo hizo —afirmó Taehyung, con un levísimo asomo de sonrisa —porque temía estar convirtiéndose en uno de nosotros, y quería saber si el proceso se podía invertir.

Recordarán que cuando tuvo la forma de una rata, y ustedes vinieron a buscarle, me mordió.

—Fue una gran muestra de iniciativa por su parte —repuso Jimin —Lo aprobé.

—Es posible —continuó Taehyung —En cualquier caso, entró un poco de mi sangre en su boca cuando lo hizo. Ya sabes que es el modo en que nos pasamos nuestros poderes unos a otros. A través de la sangre —A través de la sangre. Jungkook recordó a Hoseok apartándose violentamente de la película de vampiros que daban por televisión, haciendo una mueca ante la luz del sol.

—Pensaba que se estaba convirtiendo en uno de ustedes —repitió Jimin —Fue al hotel para averiguar si era verdad.

—Sí —confirmó Taehyung —La lástima es que los efectos de mi sangre probablemente se habrían desvanecido con el tiempo si él no hubiese hecho nada. Pero ahora... —Indicó el cuerpo inerte de Hoseok con un ademán lleno de expresividad.

—¿Ahora qué? —preguntó Yoongi, con un duro deje en la voz —¿Ahora morirá?

—Y volverá a alzarse. Ahora será un vampiro —El candelabro se inclinó al frente mientras los ojos de Yoongi se abrían de par en par por la impresión.

—¿Qué? —Jimin atrapó la improvisada arma antes de que golpeara el suelo. Cuando se volvió hacia Taehyung, sus ojos eran sombríos.

—Mientes.

—Aguarda y lo verás —respondió este —Morirá y volverá a alzarse como uno de los Hijos de la Noche. Eso es también por lo que he venido. Hoseok es uno de los míos ahora —No había nada en la voz del vampiro, ni pesar ni satisfacción, pero Jungkook no pudo evitar preguntarse qué oculto regocijo podría sentir Taehyung al haber tenido la suerte, de un modo tan oportuno, de tropezar con una baza de negociación tan efectiva.

—¿No se puede hacer nada? ¿Ningún modo de invertir el proceso? —exigió saber Yoongi, con el pánico tiñéndole la voz. Jungkook pensó vagamente que era extraño que aquellos dos, Jimin y Yoongi, que no querían a Hoseok como él lo hacía, fuesen quienes llevaran la voz cantante. Pero tal vez hablaban por él precisamente porque era incapaz de decir una palabra.

—Le podrían cortar la cabeza y quemar su corazón en una hoguera, pero dudo que hagan eso.

—¡No! —Los brazos de Jungkook se apretaron más alrededor de Hoseok —No te atrevas a hacerle daño.

—Yo no tengo ninguna necesidad —repuso Taehyung.

—No hablaba contigo —Jungkook no alzó la mirada —Ni siquiera lo pienses, Jimin. Ni pensarlo —Se hizo el silencio. Jungkook pudo oír la preocupada inhalación de Yoongi, y Taehyung, por supuesto, no respiraba en absoluto. Jimin vaciló un momento antes de decir:

—Jungkook, ¿qué querría Hoseok? ¿Es esto lo que querría para sí mismo? —Jungkook alzó violentamente la cabeza. Jimin tenía los ojos bajados hacia él, con el candelabro de metal de tres brazos todavía en la mano, y de repente una imagen le pasó rauda por la cabeza: Jimin sujetando a Hoseok contra el suelo y hundiéndole el extremo afilado del candelabro en el pecho, haciendo que la sangre brotara hacia lo alto como un surtidor.

—¡Apártate de nosotros! —chilló de improviso, tan alto que vio a las distantes figuras que caminaban por la avenida frente a la catedral volverse y mirar a su espalda, como si las hubiese sobresaltado el ruido. Jimin palideció hasta la raíz de los cabellos, palideció hasta tal punto que sus ojos desorbitados parecieron discos de oro, inhumanos y sobrenaturalmente fuera de lugar.

—Jungkook, no pensarás... —comentó. Hoseok jadeó de improviso, arqueándose hacia arriba en los brazos del pelirrojo. Este volvió a gritar y le sujetó, tirando de él hacia sí. El castaño tenía los ojos muy abiertos, ciegos y aterrados. Alzó las manos. Jungkook no estuvo seguro de si intentaba tocarle el rostro o Arañarlo, no sabiendo quién era.

—Soy yo —dijo, bajándole la mano con suavidad hacia el pecho y enlazando los dedos de ambos —Hobi, soy yo. Soy Jungkook —Sus manos resbalaron sobre las del mayor; bajó la vista y vio que estaban empapadas con la sangre de la camiseta de Hoseok y con las lágrimas que habían resbalado de su rostro sin que él lo advirtiera —Hobi, te quiero —dijo. Las manos de Hoseok se apretaron sobre las suyas. El castaño soltó aire, un sonido áspero y taladrante, y luego ya no volvió a respirar. «Te quiero. Te quiero. Te quiero.» Sus últimas palabras a Hoseok parecieron resonar en los oídos de Jungkook mientras este yacía inerte en sus brazos. De improviso, Yoongi estaba junto a él, diciéndole algo al oído, pero Jungkook no podía oír. El sonido del agua que corría, como un maremoto acercándose, le llenaba los oídos. Observó mientras Yoongi intentaba con suavidad desengancharle las manos de las de Hoseok, y no podía. Jungkook se sorprendió. No tenía la sensación de estar aferrándose a él con tanta fuerza. Dándose por vencido, Yoongi se puso en pie y se revolvió furioso contra Taehyung. Gritaba. En mitad de su diatriba, el sistema auditivo del pelirrojo volvió a conectarse, como una radio que finalmente hubiese encontrado una emisora que sintonizar.

—¿...y ahora qué se supone que tenemos que hacer? —chilló Yoongi.

—Enterrarle —respondió Taehyung. El candelabro volvió a balancearse hacia arriba en la mano de Jimin.

—Eso no tiene gracia.

—No pretendía que la tuviese —replicó el vampiro sin inmutarse —Así es como somos creados. Se nos quita toda la sangre y se nos entierra. Cuando alguien se desentierra a sí mismo, es cuando nace un vampiro —Yoongi emitió un leve ruidito de repugnancia.

—No creo que yo pudiese hacer eso.

—Algunos no pueden —repuso Taehyung —Si no hay nadie allí para ayudarles a desenterrarse, permanecen así, atrapados como ratas bajo la tierra —Un sonido se abrió paso fuera de la garganta de Jungkook. Un sollozo que era tan cortante como un chillido.

—No voy a meterle bajo tierra —afirmó.

—Entonces se quedará así —replicó Taehyung inmisericorde —Muerto, pero no del todo muerto. Sin despertar jamás —Todos lo miraban fijamente. Yoongi y Jimin, como si contuvieran la respiración, aguardando su respuesta. Taehyung con expresión indiferente, casi aburrida.

—No has entrado en el Instituto porque no puedes, ¿verdad? —preguntó Jungkook

—Porque es terreno sagrado y tú eres impuro.

—Eso no es exactamente... —empezó a decir Jimin, pero Taehyung le interrumpió con un gesto.

—Debería decirles —dijo el muchacho vampiro —que no hay mucho tiempo. Cuánto más esperemos antes de enterrarle, menos probable será que no pueda desenterrarse solo

—Jungkook bajó los ojos hacia Hoseok. Realmente parecía como si durmiese, de no ser por los largos cortes a lo largo de su piel desnuda.

—Entonces enterrémoslo —dijo —Pero quiero que sea en un cementerio judío. Y quiero estar allí cuando despierte —Los ojos de Taehyung centellearon.

—No será agradable.

—Nada lo es jamás —Jungkook alzó con firmeza la mandíbula —Pongámonos en marcha. Sólo nos quedan unas pocas horas antes de que amanezca.